

Los Jesuitas: Orígenes, Logros y Estrategia

Guillermo Beaumont s.j.

Los Jesuitas, Compañeros de Jesús

La Compañía de Jesús agrupa a unos 20.000 hombres que se sienten cohesionados por Jesús de Nazaret y su causa. Se autodenominan “compañeros de Jesús” y conforman una orden religiosa extendida por el mundo entero —ciento seis países— al servicio del Pueblo de Dios, la Iglesia. El término más popularizado, convertido ya en gentilicio, es “jesuitas”, que quiere decir: los de Jesús.

Hay una imagen y opinión pública de ellos marcadamente controvertida: admirados y temidos, mitificados y odiados.

El jesuita no suele pasar desapercibido. Con frecuencia se les ve implicados en conflictos, en situaciones de frontera del quehacer humano como agente de la Iglesia Católica.

El abanico de su acción abarca variados y aun contrapuestos campos: el compromiso social, el análisis político, la investigación educativa, la pastoral de masas y élites, la ciencia, el arte y las letras, el trabajo popular, los oficios manuales, el cuidado de los enfermos, la inserción obrera, la docencia, los medios de comunicación, las misiones, la evangelización a todo nivel.

Desde el mundo industrializado urbano, hasta las zonas más desasistidas en el campesinado marginal y en los núcleos indígenas, los

jesuitas van a la conquista de experiencias y proyectos que suponen serio análisis de la realidad, disciplina de trabajo y sobre todo mucha fe.

Por eso los jesuitas suelen generar y aun protagonizar sucesos que son “noticia” para el gran público. Por eso también los grupos humanos cercanos o tangentes a ellos toman postura y se parcializan en pro o en contra. Porque los jesuitas no están en maridaje con la neutralidad y cuanto más se acercan a la utopía de Jesús de Nazaret, como El se hacen signo de contradicción, cargan el estigma de la controversia

No falta quien dice, que se podría escribir la historia de la Compañía de Jesús siguiendo el hilo conductor de los conflictos que ha sufrido el grupo. En la Iglesia Católica es la orden religiosa que con más frecuencia ha sido el blanco no sólo de amenazas sino de la expulsión drástica colectiva en muchos países de los cinco continentes, sin excluir Latinoamérica, e inclusive Venezuela.

Por sus características grupales, por sus obras y sus hombres, la Compañía de Jesús es susceptible de juicio: prestigio o detracción.

A los jesuitas se les cuelga infinidad de calificativos que van desde la benevolencia mitificadora hasta la detracción calumniosa: maestros prominentes, cínicos calculadores, sabios y santos, hipócritas oportunistas; mártires de la verdad, engreídos manipuladores del sofisma; revolucionarios del humanismo, oscurantistas reaccionarios; profetas, oligarcas..

Ellos ni disimulan ni escamotean su posición al servicio del bien más universal colaborando con otros muchos en la construcción del Reino de Dios. No es que zigzagueen rastreando protagonismo. Simplemente, pretenden ser coherentes con su identificación con Cristo Jesús.

Dicho en síntesis criolla, la vida de la Compañía de Jesús está concebida para “meterse en el foco de la candela” del quehacer humano, a la mayor gloria de Dios. Y la vida en su dialéctica es crisis, conflicto, controversia... y, en casos, candela que al acrisolar consume.

Hombres hoy al servicio de la fe y promoción de la justicia

Los jesuitas tienen conciencia de sus limitaciones y fallos. Incluso de su positiva participación en el mal del mundo. Sus documentos internos, aun los más recientes, les recuerdan sin disimulo su realidad cruda: “¿Qué significa ser jesuita (hoy)?: Reconocer que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús”. (Congregación General 32ª, Decreto 2, N° 1)

La Compañía de Jesús ha sufrido el azote de una mitificación del que no supo en algunos momentos importantes liberarse, sino que libó narcisistamente el fatuo almíbar de la vanidad. Sus lineamientos más nuevos insisten en que la Compañía de Jesús... “después de considerar el fin para que fue fundada, es decir, la mayor gloria de Dios y el servicio de los hombres, después de reconocer con arrepentimiento sus propios fallos en la defensa de la fe y en la promoción de la justicia... elige la participación en esa lucha como punto focal que identifica en la actualidad a lo que los jesuitas hacen y son”. (Congregación General 32ª. Decreto 2, N° 3)

Ni todos los miembros de la Orden y Comunidad son tan prominentes ni mucho menos modélicos. Ni su disciplinada obediencia tan proverbial es tan segura e invulnerable, puesto que sufre los embates de la contestación desde sus propias filas. Contestación y crítica destructiva de los atrincherados en la nostalgia del pasado inmóvil y de los que carecen de la paciencia para acompañar, empujando con tensión, la historia humana.

Con todo, la realidad de este grupo humano es sencilla y natural. Los jesuitas son personas de capacidades normales tanto en sus Sacerdotes como en sus Hermanos. Si han trascendido más que otros a la opinión pública se debe entre otras cosas a que procuran orientar las cualidades de cada sujeto al campo de trabajo donde más rinda; porque hay un sentido de compañerismo corporativo muy intenso; porque su formación humana es larga y metódica; por el continuo autoanálisis personal y grupal; por la incansable búsqueda del bien más universal –

“la mayor gloria de Dios” en donde haga falta – atentos a la realidad y a la historia; y, porque desde una honda experiencia de Dios apuestan con radicalidad por el camino de Jesús de Nazaret.

Sus organismos directivos y cada miembro por fidelidad al pueblo de Dios, la Iglesia, abocados a la “misión” que les encomienda el Vicario de Cristo, el Papa, no reparan en introducirse en la candela crucial de los conflictos humanos.

Curiosamente hay que señalar que este vanguardismo no siempre ha sido del lado progresista innovador. Hubo situaciones en que no sólo la misión del Romano Pontífice sino el propio análisis de los jesuitas les hicieron ubicarse en situaciones netamente defensivas, en la reacción malamente conservadora.

Sin embargo la tónica general de la Compañía de Jesús resulta positiva. Desde su experiencia de Dios, su constante autocrítica y el análisis de la realidad se proyectan con tenacidad y fe al establecimiento del Reino de Dios, por seguir el Evangelio.

La construcción de una humanidad más fraterna, la necesidad de enfrentar este sistema de aberraciones sociales donde, como dice el Concilio Latinoamericano de Puebla, “a la luz de la fe resulta como un escándalo una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador... la Iglesia discierne una situación de pecado social.” (Puebla, n.28).

Asimismo, los jesuitas al enfrentar la realidad de la humanidad, bajo la misión de luchar contra el ateísmo según las órdenes del Papa. y desde su opción por el evangelio, al preguntarse qué significa hoy ser compañero de Jesús, contestan: “Comprometerse bajo el estandarte de la Cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige... Sólo a la luz del Evangelio puede el hombre ver claramente que la injusticia brota del pecado, así personal como colectivo... el predominio de la injusticia en el mundo... es uno de los principales obstáculos para creer en un Dios que es justicia porque es Amor”. (Congregación General 32ª. Decreto 2, N° 2 y 6)

Orígenes de la Compañía de Jesús

Nace en el arranque de una nueva era de la historia, la edad moderna. En la crisis fratricida más violenta de la Iglesia: la reforma protestante. En el alumbramiento del Nuevo Mundo. El Renacimiento es su caldo de cultivo. El siglo XVI es el “Siglo de Oro” de Occidente. El pensamiento humano se libera del Medioevo. Y el “hombre” en todas sus manifestaciones palpita la autonomía del nuevo Humanismo. Es la eclosión de la vida, arte y libertad.

En este ambiente renacentista se gesta el proceso de ese nuevo grupo religioso, los jesuitas. Había que enfrentar la realidad nueva con nuevas instituciones y formar los hombres para las situaciones no acostumbradas.

El aporte principal de esa célula originaria de compañeros de Jesús es su estilo de organización: flexibilidad para afrontar aun lo inesperado, capacidad de acomodación y movilidad ágil para lo que haga falta, con la mira puesta en “la mayor gloria de Dios. y el servicio a los hombres.

En el núcleo de su organización, insistimos, subyace junto a la disciplina del trabajo, el discernir y analizar la realidad “para buscar y hallar la voluntad divina según las personas, tiempos y lugares”, como repiten hasta la saciedad sus documentos constitutivos. La búsqueda. la acomodación y el cambio no es por un oportunismo veleidoso; es por fidelidad a la historia humana y por su identificación con Jesús de Nazaret.

El espíritu de renacimiento marcó su sello y el Evangelio su mística. El chiquito mundo occidental se expande por los cuatro puntos cardinales. América, exuberante nuevo mundo, retoza ante Europa con su encanto tropical. Asia, África y Oceanía dejan de ser tierras inaccesibles y de misterio.

La humanidad vibra multiforme y su dialéctica se acelera en las contorsiones más fértiles y dolorosas. Mezcla de clarividencia y conflicto. La pasionalidad más cruda liga con el más puro misticismo.

30

Tinieblas y luz. Sordidez y heroísmo. Galopa indómito el corcel de la euforia mercantilista, del idealismo más místico, de la libertad creadora.

Las brisas del Humanismo oxigenan la redondez de la tierra. Sus hombres las reprocrean en las alas de la recién nacida imprenta de Gutenberg. Erasmo de Rotterdam. Miguel de Cervantes. Martín Lutero con la Reforma Protestante. Ignacio de Loyola con la Compañía de Jesús.

Un documento oficial del Papa Paulo III, con fecha de 27 de agosto del año 1540, declara oficialmente constituida como Orden Religiosa a la Compañía de Jesús. Tal legalización la había solicitado una escasa docena de hombres liderizados por Ignacio de Loyola.

El Nombre “Compañía de Jesús”

¿Un tanto pretencioso acaparar para ese grupúsculo de cristianos el nombre del fundador del Cristianismo?

“Compañía”, ¿reminiscencias del talante militar de lñigo de Loyola?

El estudio de los documentos constitutivos de ese grupo no pretende capitalizar para sí el nombre de Jesús, ni tampoco hay la menor pretensión críptica: no buscan hacer un ghetto secretista y maquiavélico.

El término “compañía” parece privilegiar la vivencia grupal de aquellos “amigos en el Señor”; su compañerismo, la compenetración fraterna. La literatura de la época testifica que “compañía” equivale a sociedad de amigos, hermandad. Hoy diríamos: comunidad.

La historia de los primeros jesuitas ubica la invención del nombre en el año 1540. Se dirigían a Roma para ponerse a disposición del Vicario de Cristo por no habérseles podido cumplir la promesa de viajar y trabajar en la Tierra de Jesús de Nazaret.

Se decían entre sí: Y si nos preguntan quiénes somos, ¿qué responderemos? Un compañero de Ignacio de Loyola, años después en funciones de secretario, recoge el recuerdo:

y tomóse este nombre (Compañía de Jesús) antes que llegasen a Roma; que tratando entre sí cómo se llamarían a quién les pidiese qué congregación era esa suya, que era de 9 a 10 personas, comenzaron a darse a la oración, y pensar qué nombre sería más conveniente. Y, visto que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro propósito sino a Jesucristo, a quién solo deseaban servir, parecióles que tomasen nombre del que tenían por cabeza, diciéndose la Compañía de Jesús.

El término “Jesuitas” vino gestado y generalizado por el pueblo según la costumbre: de San Benito, benedictinos. De San Francisco, franciscanos. De Santo Domingo, dominicos. Del Carmelo, Carmelitas... De Jesús, jesuitas. Positivamente Ignacio de Loyola y sus compañeros jamás aceptaron ser identificados por el gentilicio del fundador. Insistían: no tenemos por cabeza sino a Jesucristo. Insistían en que esta dedicación exclusiva y opción fundamental conservara su pureza. Que no fuera contaminada ni con el nombre de ninguno del grupo fundador.

Ignacio de Loyola, El Iniciador

La Compañía de Jesús no es fruto de un fulgurante golpe de audacia mística o de la intuición exaltada de un asceta. Tampoco de un pragmatismo voluntarista.

Fue naciendo lentamente. Su matriz: el sedimento de arduas y prolongadas experiencias espirituales y humanas. Fue un tenaz proceso de búsqueda a la grapa de una libertad totalmente evangélica con las riendas de un autoanálisis disciplinado y continuo.

Rastreando las experiencias del fundador y sus primeros compañeros, cobran relieve no sólo la validez de los primeros pasos históricos de aquellos “amigos en el Señor”, sino la perenne vitalidad de sus directrices fundamentales.

La Compañía de Jesús fue respuesta válida en su tiempo. Vamos a seguir los pasos del proceso originario y deduciremos si de sus raíces brota hoy vitalidad y frescura suficiente para enfrentar los retos contemporáneos. y si el propósito del “servicio presbiteral a la fe y la

promoción de la justicia debe ser el factor integrador de todos los ministerios, trabajos y aun de la vida interior espiritual”, como lo declara el Decreto que trata de definir a los Jesuitas “hoy”.

Íñigo de Loyola, nacido en 1491, es un típico gentilhomme del Renacimiento. Vasco, Capitán del Ejército español a las órdenes del Emperador Carlos I. Antes de su conversión tras la herida sufrida en el campo de batalla, la personalidad de Íñigo de Loyola parecía calcada de cualquier protagonista de los Libros de Caballería que inmortalizó - arribándolos- Miguel de Cervantes en El Quijote.

Así se retrata, ya a convertido, en las primeras líneas de su autobiografía:

Hasta los veintiséis años de su edad fue un hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicios de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra.

El caballero era injerto de heroísmo y vanidad; de honor y pasión. Un compañero describe la primera etapa de Íñigo enfatizando lo pasional temperamental:

Aunque era aficionado a la fe, no vivía nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos, y en cosas de mujeres, y en revueltas y cosas de armas.

Un lunes de Pentecostés, 20 de mayo de 1521, en la defensa del castillo de Pamplona, la bala de un cañón enemigo le destrozó una pierna y lastimó la otra.

Durante la penosa y larga convalecencia en el hogar paterno, leyó – primero por aburrimiento, luego con interés, hasta llegar a releer con frenesí– la “Vida de Cristo” escrita por El Cartujano. También cayeron en sus manos biografías de grandes cristianos: San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán.

En el lecho de mutilado de guerra, el capitán Íñigo de Loyola inicia su evolución espiritual e ideológica. Ahí arranca su cambio radical.

Incluso muda de nombre. De “Iñigo” a “IGNACIO” por su admiración al santo Obispo de Antioquía, triturado por las fieras en el circo, víctima de la persecución en la naciente Iglesia.

Ignacio de Loyola está encandilado por Jesús de Nazaret. Y apuesta irrestrictamente por él.

En su personalidad y psicología lo traduce por convertirse en “Caballero” de Cristo. Y revalida su profesión para juramentarse ante otro Señor. Vela sus armas según la usanza pero ya no como Amadís de Gaula o Don Quijote de la Mancha en un castillo feudal con ceremonial cortesano, sino con otro estilo más original: a los pies de la Reina, la Virgen de Monserrat

Momentos antes había mudado el uniforme. Con un mendigo intercambia la ropa y ajuar de Capitán Gentilhombre por la ruda túnica parda, más bien harapos. Sólo se guarda la espada. Es la noche de velar armas como nuevo caballero.

Al amanecer de esa vigilia deposita la espada a los pies de Santa María. La Madre de Jesús es la Madrina de la nueva investidura. El juramento es la entrega al servicio incondicional a Jesucristo.

Experiencia de Dios y Discernimiento Espiritual

Pero la conversión no está sino iniciada. El proceso es tan lento que pareciera constreñido.

Primero sueña con aislarse del mundo. Porque rechaza frenéticamente todo lo que le parece malo de su vida anterior. Su vanidoso pantallismo, el abuso de su orgullo machista, la violencia de su carácter peleón.

Toma la determinación de encuevarse como ermitaño en la oscura gruta de Manresa, muy cerca de donde hizo su juramentación a Cristo y prometió castidad.

Va analizando todos los pensamientos y sentimientos a la luz del Evangelio. Se autocrítica y evalúa constantemente. Contra su hedonismo

anterior había tomado la consigna de no cuidar su físico. La falta de atención a su presencia le convierte a los pocos meses en un ser despreciable que inspira casi repugnancia.

Pero la meditación del Evangelio, la sed de identificarse con Jesús y ese analizar psicológica, racional y espiritualmente – que llama examinar y discernir – lo van cambiando. La experiencia de Dios le ilumina.

El proyecto de su vida, como el de Jesucristo, no es para aislarse sino para servir de levadura en el mundo. La vida de Ignacio debe casar con el humanismo renacentista, con los conflictos de la historia, al servicio incondicional del Cuerpo Místico de Cristo: la Iglesia. Esa Iglesia necesitada de verdadera reforma evangélica, abierta a la conquista de nuevos mundos, convulsionada por la terrible lucha fratricida con el protestantismo.

Uno de tantos días de larga meditación a la orilla del río Cardoner que bordea la cueva, siente que Dios le ilumina el entendimiento de una forma claramente extraordinaria. Años después diría que fue tanto lo que aprendió del Señor que, aunque se perdieran todas las biblias y escrituras, él seguiría con la misma fe y conocimiento de Jesús.

Ignacio ha sentido que Dios le llama no a la mistificación en solitario sino a su entrega total al servicio de los hombres. Como a los Apóstoles, de pescadores en el lago de Palestina, también a él lo transmuta en pescador de hombres. Lo vivencia existencialmente junto al Cardoner.

La identificación con Jesús hace que su vida no tenga otro sentido que la construcción del Reino de Dios en el mundo y hacer que el humanismo de cada época histórica tenga su radicalidad en el auténtico desarrollo de la libertad humana al servicio de la solidaridad fraterna de todos los hombres como hijos de Dios.

Sin prisa, a la luz del Espíritu de Jesús, continúa su reflexión personal. Toma nota escrita de sus experiencias espirituales. Ahí nacen los universalmente famosos “Ejercicios Espirituales” para ordenar la

vida en el seguimiento a Cristo. Para “buscar y hallar la voluntad divina” para el bien de los demás.

Formacion Humana y Búsqueda de un Grupo

Las armas del capitán vanidoso y temperamental no le sirven. Tampoco el aislamiento esterilizante de un asceta hurraño.

Las cambia por el estudio serio de las ciencias humanas y la atención constante al análisis de la sociedad y realidad cambiantes “según las personas, tiempos y lugares”.

Su estrategia es formarse estudiando como el que más y conseguir compañeros de lucha. Peregrina tesoneramente por las aulas de los más famosos centros de estudio. Primero Barcelona. Luego las universidades de Alcalá, Salamanca y, finalmente, París, en la renombrada Sorbona.

Impresiona su figura de un estudiante adulto. Prestancia en el semblante. Educado y aseado pero con una vestimenta pobre y deslucida. Renquea su cojera como única condecoración de su carrera militar.

Largos años de estudio y se doctora en Artes en la Universidad de París. Continúa allí mismo sus estudios para graduarse en Filosofía. Finalmente Teología.

Mientras tanto a muchos colegas les ha ido iniciando en su camino espiritual. Más son los que no siguen. Incluso sufre la represión de ciertas autoridades eclesiásticas que desconfían de ese militar venido a menos y que se pone a proclamar entre sus amigos y cercanos la doctrina de Jesús sin ser presbítero. La Inquisición pretende fiscalizar los “Ejercicios Espirituales”. Lo arrestan y someten a juicio en Salamanca.

Todo esto le moverá a decidir su ordenación como ministro del altar; por la necesidad de ejercer con libertad su apostolado.

Pero los últimos años de París han cuajado un pequeño grupo de compañeros incondicionales. Tienen los mismos ideales. Todos jóvenes egresados de la Universidad. Entre ellos se llaman “amigos en el Señor”.

Son entre otros: Francisco de Javier, que más tarde será proclamado el Santo Patrono Universal de las Misiones, calificado como el San Pablo Moderno; Diego Laínez y Alfonso Salmerón, verdaderas luminarias en el Concilio de Trento, hábiles conjugadores de la libertad del hombre y del poder popular depositario de la autoridad, frente a la Reforma Luterana y el despotismo monárquico; Pedro Fabro, Simón Rodríguez, Nicolás de Bobadilla... Entre todos no alcanzan la docena.

Todos parecen marcados por una aceleración interior; rechazan hormonalmente la mediocridad y la instalación. Sus búsquedas y objetivos siempre van de más en más; insaciablemente. Su lema: “La Mayor Gloria de Dios” al servicio de los hombres.

Del Rey al Virrey: de Jerusalen a Roma

El 15 de agosto de 1534 la iglesia parisina de Montmartre es testigo silencioso de que este grupo, antes de comulgar en la Misa que oficia Fabro, se hinca ante el altar y pronuncia un juramento colectivo: “Con Jesucristo, pobre, prometen dedicar su vida en pobreza” a todo el que necesite a Dios.

Tres años más tarde se ordenan de sacerdotes vibrando con entregarse como Jesús de Nazaret a los pobres, a los enfermos, a los pecadores.

El proceso espiritual de Ignacio de Loyola y sus compañeros no ha terminado. Es tal el contagio entusiasta que Ignacio transmite sobre Jesús de Nazaret, que para más identificarse con él sueñan con viajar y recorrer la Tierra Santa para empaparse y pulirse más. Belén, Nazaret, Cafarnaún. De Galilea a Judea. Sobre todo a Jerusalén. Ya Ignacio había peregrinado y había querido instalarse allí durante aquellos primeros años de su experiencia espiritual en Manresa.

Pero, siglo XVI al fin, el poderío musulmán y la piratería pululan por el mar Mediterráneo. Controlan por tierra y mar los accesos a los Santos Lugares.

En la juramentación de Montmartre donde prometían visitar y trabajar en Tierra Santa, había inserta una cláusula abierta. El

discernimiento espiritual les hacía objetivos. No hacían una lectura fundamentalista y literal del Evangelio. Sobre el gusto devocional de parecerse en todo e imitar a Jesús prevalece que lo importante es seguir a Cristo en sus valores y opciones. Trascender sobre el detalle para hacer incidir su Espíritu en cada momento histórico. No se trata de “imitar y copiar lo externo de Jesús” sino de seguir la luz y fuerza de su Espíritu.

En el voto de Montmatre habían previsto: en caso de fuerza mayor que imposibilite el proyecto de Tierra Santa... si no pueden ir al Rey, irán al Virrey. La promesa estaba abierta contemplando que si no podían ir en el plazo de tres años a Jerusalén, deberán ir a Roma donde reside el Vicario de Cristo, el sucesor del apóstol Pedro, que representa visiblemente a Jesús, cabeza de la Iglesia.

Incluso convienen en sujetarse, al Papa con un juramento o voto especial de obediencia para trabajar en la misión y objetivos que el Vicario de Cristo les imponga para el servicio más universal al pueblo de Dios, por más difícil que sea.

Comunidad para la Dispersion

Este grupo de “amigos en el Señor” siente sobre sí la proclama de Jesús al despedirse de sus discípulos: “Vayan por todo el mundo enseñando el Evangelio a todas las gentes, consagrándolos a todos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...” (Mt 28.19).

Ignacio y sus compañeros presienten que pueden ser enviados y aun regados por el universo por imperativo del Representante de Cristo al servicio de la Iglesia.

Fue un discernimiento largo y doloroso. Se autodenominaban “compañeros de Jesús” y “amigos en el Señor”. La misma experiencia profunda de Dios en el Evangelio les condujo a entender que la fraternidad grupal, la Comunidad, es en sí como un sacramento que realiza y proclama por sí misma la más clara predicación de Cristo.

En Comunidad se cumple lo que tanto enfatiza Juan Evangelista: Que la gente vea lo unidos que están, y cómo se quieren los creyentes. Jesús insistía: “En eso conocerán que son mis discípulos”. (Jn 13.35).

Pero, ¿cómo combinar el mantener el compañerismo con la probable y necesaria dispersión? ¿Cómo garantizar la savia vivificante del grupo y la necesidad de un trabajo apostólico disgregados según las necesidades del mundo?

Conviene en que la Comunidad, valorando todo lo positivo, no es un Absoluto. Debe privar la urgencia del Reino de Dios.

Flexibilidad, dinamismo, movilidad para la Mayor Gloria de Dios “según personas, tiempos y lugares”.

De hecho la dispersión llegó pocos años más tarde urgidos por el bien más universal y las necesidades de la Iglesia: Francisco de Javier al lejano Oriente; Laínez y Salmerón a Trento; Simón Rodríguez a Portugal; Bobadilla a Nápoles; Fabro recorriendo el norte de Europa...

Había privado en el discernimiento la tesis de que su compañerismo no tiene otro sentido que potenciarlos para el servicio a los demás. El trabajo en la misión apostólica es lo prioritario.

Superior General con Gobierno Paternal

El grupo de Ignacio sigue necesitando rodaje. Intentan un nuevo modo de vida religiosa con el dinamismo más evangélico, ágil para enfrentar lo que haga falta en las nuevas situaciones de la Iglesia y la sociedad.

En la lectura de los documentos originarios de la Compañía de Jesús impresiona la insistencia con que ellos viven la tensión de ubicarse en la historia mediante la experiencia de Dios y el discernimiento personal y comunitario.

Ante las nuevas dificultades, sin trochas ni caminos hechos, surgen alternativas contradictorias a veces. Largo y penoso el caminar.

Pero su capacidad de análisis a la escucha de Dios va proyectando luz sobre la vía.

Todos eran reacios a tener a uno del grupo como Superior. Ignacio el primero. Insistía en que sólo tenían por cabeza a Jesucristo.

El realismo de que la societariedad humana exige la cefalía de una autoridad, les hace encajar la necesidad de uno, en el que todos delegan el oficio y ministerio de mantener la unidad en la dispersión. Coordinándolos, animándolos. Hará como de “padre” de todos. Y cada miembro, sin renunciar a su responsabilidad y creatividad personal, se someterá con docilidad filial a las decisiones que por el bien del grupo y al servicio del Reino de Dios proclame el elegido cabeza.

Aquí está la raíz y .secreto del “gobierno paternal” de la Compañía de Jesús. Aquí está en embrión la sutil y evangélica manera de gobernar donde resulta la simbiosis viva de la autoridad más eficaz y ejecutiva con el respeto íntimo y cordial a la persona, de la docilidad y obediencia radical con la autonomía personal que nunca renuncia a su obligante responsabilidad, ni se evade holgazanamente en el “que me digan lo que tengo que hacer”.

A lo largo de los cuatro siglos de historia de la Compañía de Jesús son muchos los que consideran que ésta es la característica más fuerte de esa Orden religiosa, junto a lo medular de su organización: la flexible agilidad para enfrentar el cambio de situaciones y acoplarse con oportunidad a las nuevas necesidades y conflictos de la historia humana. Más aún, por discernir los “signos de los tiempos”, adelantan soluciones.

El instrumento y modo de proceder del gobierno ideado por Ignacio de Loyola se basa en la “cuenta de conciencia”. Es la transparencia espiritual y humana sin reticencias entre el súbdito y el superior. Por la intensa experiencia de Dios deben empatarse las cualidades de cada miembro, sus dificultades y deficiencias personales, sus pretensiones más legítimas al servicio de la misión apostólica, la incuestionable confianza que el superior deposita en el súbdito y que éste la debe vivenciar existencialmente.

Según el pensamiento de las Constituciones de los jesuitas para la escogencia de un Superior sobre sus cualidades gerenciales y de gobierno, deben predominar las de líder grupal que debe ser amigo, animador y padre.

Así, al conocer en profundidad a la persona en sus aptitudes positivas como en sus limitaciones, en clima de plena lealtad mutua, crece la garantía -siempre relativa entre personas normales- de acierto en la ubicación para el puesto de trabajo, en comunión con todo el grupo o comunidad y al servicio del Reino de Dios.

Aludíamos a las tensiones internas de Ignacio de Loyola y sus compañeros respecto a este punto. También a la insistencia con que reseñan el darse a todos “a la oración y el discernimiento”. Duraron meses. Mereció la pena.

Decidieron la votación para el 4 de abril de 1541. No todos estaban presentes, por su dispersión apostólica, para elegir a uno del grupo que fuera su Cabeza y Superior General. Al juntar todos los votos hubo unanimidad, Transcribimos el voto razonado de uno de ellos. Es el de Francisco de Javier donde resuena como el eco de todo el grupo:

Doy el voto a nuestro antiguo y verdadero padre don Ignacio, el cual, pues nos juntó a todos con no pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá mejor conservar, gobernar y aumentar de bien en mejor.

Desde esa fecha Ignacio de Loyola queda ratificado no sólo como líder natural sino como Superior general de la naciente Compañía de Jesús.

Dos años antes el grupo le había urgido a dar la última redacción a los estatutos de la Compañía que ellos llamaron “Constituciones”; que ayuden para mejor proceder, conforme a nuestro instituto, en la vía comenzada del divino servicio”,

Como para Jesus, La Cruz Consecuencia Ineludible

De la experiencia de Dios a través de los Ejercicios Espirituales les queda claro “seguir a Jesús pobre y humillado”, cargando la cruz que por los caminos de la historia imponen los poderes del mal.

Este grupo de compañeros de Jesús va encontrando un sin fin de oposiciones y crisis externas e internas. Se sienten marcados por la señal quintaesencia del Evangelio: la Cruz. Pero el magnetismo de Jesús de Nazaret les llena de serena seguridad

Bien capacitados por su larga formación humana y adiestrados en el análisis y autocrítica, son conscientes de que el porvenir no estará sembrado de orquídeas. Con todo, sin ingenuidad, irradian un optimismo contagioso.

Parecen haber sentido el espaldarazo de los profetas del Antiguo Testamento cuando proclamaban sin ningún viso de temeridad ni de ilusionismo quimérico: “Dios nos ha llamado. Tocó nuestros labios y puso sus palabras en nuestra boca” (Jer 1-9 e Is 6-6). En sus estatutos o “Constituciones” lo traducen: estar siempre disponibles, siempre al servicio, para las misiones o trabajos que el Vicario de Cristo exija en bien del Reino de Dios. Una peculiaridad: “Las tareas más urgentes y de mayor provecho en cualquier lugar del mundo”. Objetivo tan amplio como conflictivo.

El prólogo a la primera edición de las Constituciones dice a los jesuitas:

Nuestra vocación pide hombres crucificados al mundo y para quienes el mundo esté crucificado.

Hombres nuevos despojados de sus intereses para vestirse de Cristo... Ministros de Dios con sus trabajos, su ciencia... de caridad no fingida y palabras de verdad...

Con las armas de la justicia a derecha e izquierda, entre triunfos y fracasos, aplaudidos o despreciados, entre lo próspero y adverso.

y que no caminen solos, sino arrastrando a los demás, con la mirada fija en la mayor gloria de Dios.

Una de las experiencias de Dios más definatorias Sucedió a las puertas de Roma. A unos 16 kilómetros en la capilla del pueblecito La Storta. Siempre en búsqueda de la voluntad divina habían entrado a orar.

A la escucha de Dios, Ignacio es insistente: – ¿Qué nos sucederá en Roma ante el Vicario de Cristo, y en las misiones y oficios que afrontemos?

La iluminación interior es tan clara como determinante. Sienten cómo Dios Padre les presenta a Jesús cargado con la Cruz.

“Yo estaré junto a ustedes. Yo les seré propicio.”

Diego Laínez, testigo presencial quedó impactado. Relata que Ignacio de Loyola estaba sumamente impresionado al percibir espiritualmente cómo el grupo tiene este objetivo de Dios: cerrar filas con Cristo Jesús cargado con la Cruz, cual nuevos cirineos, solidarizados por los caminos de la Historia.

La convicción de que Dios está de su parte y a su lado –aunque en la ruta sea constante la Cruz– es lo que dota a los “compañeros de Jesús” de ese entusiasmo estable y sereno.

“El que quiera seguirme... cargue con la Cruz” (Mc 8-34).

“La recompensa del apóstol -refiere el mismo evangelista- es el ciento por uno en este tiempo con persecuciones, y, en la edad futura, Vida Eterna” (Mc 10, 30).

Como Jesús de Nazaret, fiel al proyecto de Dios, “fue obediente hasta la muerte y muerte de Cruz” (Filipenses 2-8) y no evadió los conflictos en la proclamación del Reino, y sus Bienaventuranzas y

opciones fueron reprimidas como subversivas, del mismo modo los jesuitas intentan no evadir las consecuencias de su opción por Jesús.

La historia se repite escrupulosamente. Por eso puede afirmarse con toda veracidad que la Compañía de Jesús ha sido la Orden Religiosa más castigada con expulsiones y martirio cruento.

Ya en el siglo XVIII los persiguió prácticamente toda Europa, incluidas América Latina y África coloniales. Antes, Japón. Los siglos XIX y XX no abandonan el sistema inhumano de expulsión colectiva. Más aún, los jesuitas cargan sobre sí el dolor de haber sido suprimidos y borrados como organización eclesial por el Papa Clemente XIV el año 1773 por presiones de las monarquías absolutistas europeas y sus oligarquías que coaccionaron al mismo Vicario de Cristo.

Paradójicamente sobrevivieron, como en semilla, en Rusia, porque la Reina Catalina II no aceptaba la autoridad papal por ser de religión cismática ortodoxa. Clemente XIV contradictoriamente admitió la protesta de la soberana rusa, dando validez a ese grupúsculo de fieles hijos suyos. Mientras tanto era encarcelado el General de la Compañía de Jesús, quien murió en los calabozos romanos insistiendo en la inocencia de los 22.000 jesuitas abolidos y desterrados.

Cuarenta años más tarde el Papa Pío VII, enfrentando todavía mil presiones, restauró “en el mismo estado antiguo y en todo el orbe católico a la Compañía de Jesús. Era el 7 de agosto de 1814.

Regados por el mundo

Ignacio de Loyola y sus compañeros gozaron del carisma de la imantación. El nuevo modo de entender la vida religiosa, el contagio de su vivencia evangélica, la disciplina y a la vez ágil libertad de su organización concordaba con la nueva brisa del humanismo renacentista.

No hacían campañas proselitistas ni mucho menos acorralaban a las personas para aferrarlas a su grupo. Lejos de ellos las tácticas sutilmente coaccionadoras y esos cercos piadosamente impertinentes con que algunos pescan adeptos.

El ejemplo que irradiaban sus personas, su trabajo multidisciplinar realizado con calidad y profesionalismo sin improvisaciones, sobre todo la transmisión de su experiencia espiritual mediante los “Ejercicios Espirituales para ordenar la vida en el seguimiento a Jesús”. Acoplar sus cualidades a las necesidades de la historia humana desde los valores y opciones de Cristo: todo esto era un verdadero imán.

De los nueve compañeros iniciales, pasaban de mil los jesuitas regados por el mundo entero en sólo 16 años. Estamos en 1556, cuando muere Ignacio de Loyola, cuatro años después de que Francisco de Javier hubiera muerto a las puertas de China,.

Aludimos a que el siglo XVI pareciera reproducir el génesis cósmico. América, Asia, África y Oceanía abrían las perspectivas de evangelización más insospechadas. Y dentro de la Iglesia la feroz lucha fratricida entre cristianos (protestantes y católicos desgarrándose) generaba campos de trabajo apostólico tan inmensos como dramáticos en Europa.

Los “Compañeros de Jesús” reciben órdenes del Vicario de Cristo para el frente de batalla y nombra como delegados suyos para el Concilio de Trento a los jesuitas Diego Laínez y Alfonso Salmerón. Los Mundos Nuevos reciben el impulso pionero y organizador de las Misiones modernas de Francisco de Javier..

Los compañeros de Ignacio asumen el mensaje y testamento de Jesús resucitado: “Vayan por todo el mundo proclamando el Evangelio a todas las gentes y naciones” (Mt 28, 19).

A América Latina llegaron los primeros en 1543 a Brasil; a los pocos años José de Anchieta funda Sao Paulo y otros poblados ganándose el afecto de los indígenas y pueblo brasileño que terminará nombrándole “Padre del Brasil”. En su visita a esta nación el año de 1980 el Papa Juan Pablo II lo proclama oficialmente Patrono de los brasileños, y lo encumbró al honor de los altares como Beato, escalón inmediato a Santo.

Los jesuitas dirigieron sus miras a todo el Continente americano. A la cuna de la civilización azteca llegaron el 1572; de México subieron al norte irradiándose desde la Florida a California ascendiendo a la región de los grandes lagos canadienses tierra de iroqueses y Hurones.

Al centro de la civilización inca llegaron unos años antes, en 1568. Del Perú se expandieron al sur hacia los guaraníes del Paraguay y La Plata. Hacia el norte al Virreinato de Nueva Granada, hoy las naciones Bolivarianas.

Por Cartagena, río Magdalena arriba, cruzaron los Andes. En tierras Venezolanas se establecieron fundando el primer colegio de Mérida en 1628. Inmediatamente se proyectaron hacia los llanos para el trabajo de los indígenas, en especial en la Guayana, teniendo como troncal el río Orinoco. Antes habían llegado otros religiosos: franciscanos, dominicos, capuchinos y agustinos. Todos en función evangelizadora. Nutridas legiones de apóstoles misioneros, colaboradores de la empresa que hoy constituye parte de nuestra historia patria.

Las “Reducciones del Paraguay” son el símbolo más significativo del sistema misional jesuítico. Son la expresión más conocida mundialmente, pero en todas las regiones, desde California hasta la Patagonia argentina, eran idénticas las pretensiones y objetivos evangelizadores. Las metodologías e instrumentaciones acomodadas a la idiosincrasia de cada familia indígena en su enclave territorial, son semejantes.

En Venezuela, la región del Orinoco y los Llanos orientales de Nueva Granada gozaron de esa novedosa concepción misionera: el hombre y su comunidad natural en su suelo y tierra propia están por encima de los intereses de la metrópolis de las oligarquías regionales o locales.

Los nombres de Gumilla, Rivero, Román, Monteverde, Gilij y de muchos más misioneros jesuitas están en los cimientos de nuestra historia. La clave de sus intentos está en el esfuerzo por la construcción

de un orden social justo basado en el respeto a los valores autóctonos americanos y su potenciación comunitaria.

El Evangelio de Jesús de Nazaret no sólo cuadra con esta pretensión, sino que la dinamiza. La instrumentación es la traducción a estas realidades indígenas de los valores focales de los seguidores de Ignacio de Loyola.

El desarrollo de la producción económica, la organización política comunal, la instrumentación para todos y el desarrollo, en todos los sentidos incluido el artístico, de las cualidades de cada miembro al servicio de todos, fueron la alternativa no utópica sino realizada.

Este “sistema misional jesuítico” en América Latina es la consecuencia lógica de las raíces ideológicas y apostólicas de Ignacio de Loyola. Y a su vez es la traducción en aquellos siglos de la actual definición de la Compañía de Jesús en sus objetivos contemporáneos: “la defensa y servicio de la fe y la promoción y lucha por la justicia”.

Ahora presentaremos someramente la acción en la otra parte del mundo: Asia. Tres pinceladas: Javier, el pionero, y dos prototipos de audacia y creatividad. Sus móviles son todavía inspiradores.

La encarnación en la historia: La experiencia en Asia

Una muestra episódica cuyo conocimiento resulta apasionante es la experiencia misionera de la Compañía de Jesús en el Oriente lejano: Asia.

Los jesuitas tomaron en serio la inculturación en Asia, como se irradiaron en el Nuevo Mundo americano. Precisamente la intuición de Ignacio de Loyola de planificar y ejercer la evangelización “teniendo en cuenta personas, tiempos y lugares” es la levadura revolucionaria que hace flexible y acopla la eterna vigencia de los valores del Evangelio en las sociedades más dispares. Porque el proyecto de Jesús de Nazaret no puede anquilosarse en formas y expresiones históricas por más

esplendentes que parezcan a los que en un momento dado las hayan dado a luz. Los valores profundamente vitales y existenciales del Evangelio trascienden ideologías, sistemas y cristalizaciones culturales. Hieratizarlo, con frecuencia es sinónimo de fosilizarlo.

La experiencia de Jesús dinamizó a los jesuitas con la frescura y audacia más juvenil. Además llevaban el soporte de su trabajo disciplinado y el conocimiento profundo de la realidad y las ciencias humanas.

Asia fue una ilusión y un reto para grandes genios de la humanidad occidental. Al fin y al cabo Occidente se reconoce en sus raíces prehistóricas tributaria de los pueblos y culturas orientales. Los frutos de la tierra y la lingüística arrancan en gran parte del viejo continente por donde nace el sol. El mismo Napoleón comentaba con nostálgica ironía que Europa era la simple “ratonera de Eurasia”.

En los arranques de la Edad Moderna, las potencias europeas –Portugal y España, primero; inmediatamente después, y sobre todo, el imperio Británico, y, finalmente, Francia– proyectan sus objetivos colonizadores más para extender los límites de sus haciendas que para promocionar a esos pueblos.

Distinto era el propósito de los evangelizadores: fomentar el estilo de vida según los valores del evangelio de Jesús y promover aquellas naciones sobre las bases de la fraterna igualdad, la justicia y la dignidad de cada ser humano.

J.J. Rousseau, en el siglo XVIII, intuía la importancia asiática cuando en el “Contrato Social” escribía sin disimulo: “Los asiáticos llegarán a ser los dueños... esa revolución me parece infalible”.

Visionario y estrategia eficaz en los albores de nuestra centuria, Lenín enfatizaba: “Los verdaderos pueblos avanzados son los de Asia. Europa es un continente atrasado. Moscú debe ser un puente indestructible entre el Oriente y el Occidente, entre las cumbres del proletariado ruso y las masas profundas de Asia y África, destinadas a barrer el mundo”.

Actualmente muchos sesudos observadores políticos internacionalistas y no pocos filósofos de la historia confirman que estas pretensiones no son alucinaciones fantasmagóricas de megalómanos.

Ignacio de Loyola envió a su compañero y hombre de confianza Francisco de Javier al Oriente. Genial evangelizador, pedagogo carismático, ejecutivo organizador, planificador clarividente... santo misionero, Javier programó una evangelización de conjunto: India, Japón, las Islas más estratégicas... Allí iba sembrando comunidades celulares. En Goa estableció iglesias, noviciado y colegio de formación para los misioneros que venían, laboratorio de inculturación. Imprenta para propagar en los idiomas nativos las retraducciones de la fe...

Pero Javier no se sentía satisfecho: faltaba integrar el corazón de Asia, el imperio Chino. Insistía en sus cartas e informes: “China tiene que ser ganada como antaño lo fue el imperio romano...”

Lamentablemente murió prematuramente; tenía 46 años. Pero murió mirando la costa continental en el islote de Sanción esperando ávidamente el barco pesquero que le dejara en tierra firme. Unas fiebres tropicales lo consumieron en breves horas. Sus ojos quedaron abiertos, clavados fijamente en China continental. Pensaba celebrar la Navidad allí, pero murió el 3 de diciembre de 1552.

No era un afán turístico acercarse al imperio amarillo con ingenua intención proselitista. Era la convicción repetida insistentemente en sus cartas a Europa de que el cristianismo debía tomar como proyecto decisivo su implantación en ese imperio milenario, corazón y depósito cultural y humano de Asia.

La inculturación en la india: De Javier A. Nobili

Como Ignacio de Loyola y Francisco de Javier, los ejecutores del ambicioso programa evangelizador oriental Roberto de Nobili y Mateo Ricci se guiaban por el principio de vincular la cosmovisión cristiana a las culturas y civilizaciones milenarias del lejano oriente.

La inculturación es una convicción que va mucho más allá del oportunismo hábilmente calculado para establecer una negociación. Es la convicción profunda de que en cada ser humano, en todo grupo social y étnico radica, legítima y con autonomía, la semilla del verdadero Dios. Convicción que hace justicia a los valores autóctonos con sus expresiones originales, y relativiza a su vez las invasiones culturales exógenas en lo que tiene de dominación, desenmascarándolas.

La inculturización no es el cómodo sincretismo del que mezcla sin criterio selectivo en variopinto sancocho todo lo que venga, superfluo o primordial.

El “hacerse todo a todos para llevar a todos a Cristo” del apóstol Pablo de Tarso conlleva encarnarse en las nuevas circunstancias y culturas y la defensa de los que sufren la invasión. Así Francisco de Javier clamaba con ira reprimida, pero destilando el más cristalino néctar de la justicia evangélica, dirigiéndose al rey de Portugal Juan III:

Si no amenazáis a vuestros empleados con cadena y cárcel y confiscación de bienes, y aun ponéis por obra la amenaza... cualquier empeño para hacer que prospere el cristianismo en la India será inútil. Es un martirio tener que contemplar pacientemente cómo vuestros capitanes y demás empleados maltratan a los nuevos convertidos.

Pero sobre todo la inculturación significa asimilar lo válido de lo autóctono. Para eso hay que situarse desde el aborigen. Jamás claudicar a la tentación de prepotencia que todo el que llega de otra cultura lleva en sí. Es poner con sentido de servicio subsidiario los aportes que uno trae para hacer brotar la nueva síntesis más fecunda de las dos cosmovisiones.

Jesús en el evangelio ataca la actitud sectaria del apóstol Juan que con buena voluntad protesta porque “uno que no es de los nuestros” hace el bien en nombre de Cristo. Jesús condena esa actitud ghetista mezquina y “chucuta”: Deben aceptar el bien de donde venga (Mc. 9, 38-40).

Así uno de los primeros jesuitas escribía a Roma con claro sentido misionero:

Desde que tenemos el Veda en nuestras manos hemos entresacado de él fragmentos que nos sirven para convencer a quienes no son cristianos de las verdades fundamentales pues la unidad de Dios, los atributos del verdadero Dios, el estado de santidad y de condenación: todo está contenido en los Vedas.

Los jesuitas sucesores de Javier, en coherencia con las intuiciones originarias, raíces del propio evangelio, se sumergían con respeto y cariño en las culturas ancestrales de Asia. Lejos de una invasión destructora calaban sabiamente los valores orientales y les incorporaban la vida evangélica.

La preparación humana de los misioneros era acuciosamente cuidada en todos sus perfiles. Las lenguas, la filosofía, los modales de comportamiento. El sánscrito – idioma troncal –, el estudio de las religiones, la estructuración social y hasta las expresiones ascéticas, las conjugaban con el estudio de la astronomía, matemáticas, geografía y las ciencias auxiliares.

La ocasión más favorable la ofreció el rey Abkar, Gran Mongol. Su imperio coronaba el norte de la India y colindaba con China. Este erudito monarca había construido un gran Palacio de la Cultura: “El Poema de Piedra”. En el centro, un fastuoso auditorio y sala de debates donde todo sabio expusiera ante el Monarca y su corte sus inventos, su filosofía, las cosmogonías diversas y aun los credos y ceremonias rituales.

Dos jesuitas, pulidos en orientalismo, Rodolfo de Acquaviva y Jerónimo de Javier –sobrino del Santo pionero– tuvieron acceso para plantear ante la Corte Real, frente a brahmanes, mahometanos y parsis, el cristianismo. Las crónicas relatan

que demostraron su superioridad pues eran versados tanto en los Vedas como en las doctrinas de Buda, el Corán y los legendarios proverbios de Zoroastro... Los brahmanes encontraban que jamás nadie había presentado tan bellamente y

con tanta claridad como aquellos sacerdotes de raza blanca el contenido de sus libros sagrados.

El experimento colmó las expectativas. Además conocieron los misioneros las más fuertes dificultades que el cristianismo conllevaba para ser aceptado en Oriente. La utopía de Jesús de Nazaret les presentaba dos escollos aparentemente insalvables. El escándalo de un Dios que se encarna humildemente y sufre la tortura y condena de la Cruz muriendo como un malhechor. Era la misma dificultad que San Pablo encontró con los sabios griegos para quienes Cristo crucificado era locura, necedad y escándalo (1 Cor 1, 23).

El segundo obstáculo era todavía peor. En una sociedad milenaria estructurada en clases y castas sociales, la igualdad y fraternidad cristiana era un revulsivo. Las Bienaventuranzas y la opción de Jesús por los pobres, resultaban indigeribles.

Los misioneros de la Compañía de Jesús estudiaron y discernieron. No era fácil. Pero no habían de claudicar a lo medular: la Cruz sabiduría de Dios en lengua paulina, y que el oprimido fuera el depositario de la predilección del Dios de Jesús.

Los jesuitas atacaron los dos frentes simultáneamente con métodos y personal diferente. Con el prestigio ganado ante los brahmanes y la corte, unos se dedicaron a los “parias” afiliándose a la casta sacerdotal de los “Yogis”, quienes en su simplicísima santidad podían contactarse con el lumpen, con los estratos más desposeídos, sin perder la pureza ritual. Así los misioneros jesuitas se pusieron a trabajar y promocionar a los parias marginados. El éxito coronó las aspiraciones.

Otros se dedicaron a la “intelligenza” nacional. Roberto de Nobili –sobrino del también Santo jesuita Bellarmino– tomó la difícil misión de evangelizar a la nobleza y corte junto a lo más granado y el cogollo de los sabios.

Fue Nobili el primero que se dedicó a convertir a los brahmanes haciéndose él brahmán también. No se parecía en nada a sus

hermanos jesuitas que vagaban por el país con hábitos andrajosos. Como los indios de la alta casta, llevaba una larga túnica de lino amarillo, turbante en la cabeza... Igual que ellos nunca comía pescado, ni tomaba vino, y vivía exclusivamente de arroz, leche, legumbres y agua... recitaba frases de los Vedas, de los Apastambasutras... él mismo llegó a redactar escritos en sánscrito y a dibujarlos en hojas de palmeras... habló de la concordancia entre las santas escrituras de la India y las de la doctrina cristiana... Pronto no quedó brahmán en Madure que no viera en Nóbili a su igual, y aún opinaban bastantes que aquel extranjero era más perfecto que todos ellos... Así logró Nobili lo que antes de él nadie había conseguido. Un numerosísimo grupo de hindúes nobles, de la casta más alta, recibieron el bautismo...

Así de Nobili siguió la intuición de San Francisco de Javier, cuyo mérito no consistió tanto en abrir los caminos del Lejano Oriente, cuanto en acomodarse a los idiomas y culturas milenarias. Como escribe Hubert Jedin:

Más importante para las misiones entre los pueblos de alta civilización de Asia fue reconocer que, si los misioneros querían ganar para el cristianismo a los pueblos extranjeros, tenían que adaptarse a ellos.

Por eso a la muerte de Roberto de Nóbili en 1656, la misión de Madure contaba con 40.000 fieles. Su tenacidad en acomodarse a todo, el “hacerse todo a todos para ganarlos a todos para Cristo”, de San Pablo (1 Cor 9, 22), tuvo el resultado más fructuoso. A pesar de las mil contradicciones y zancadillas que cierta clerecía europea impusieron contra su evangélica creatividad, el Papa Gregorio XV reconoció su mérito y lo confirmó.

Ricci Escala La Gran Muralla China

Uno de los consejos que Ignacio de Loyola daba a sus compañeros es que a la gente hay que entrarle con la suya para salir con la de uno. No son pocos los que han maliciado esta consigna como expresión de un maquiavelismo sagaz y de una hipocresía alevosa.

La explicación congrua de esta estrategia es un profundo respeto a la persona. Así de claro. No se trata de un artilugio para engañar incautos y llevarse la brasa a su sardina.

En los Ejercicios Espirituales, en los que condensó su experiencia intensa de Dios al servicio de la Iglesia, pone Ignacio como una de las condiciones de posibilidad para “buscar y hallar” la voluntad de Dios en la historia de cada persona:

...se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla; y si nó la puede salvar, inquiera cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor, y si no basta, busque todos los medios convenientes para que bien entendiéndola se salve (E.E. 22).

Punto de partida: actitud de comprensión; convencimiento de que en los demás hay algo de válido; rechazo de todo planteamiento prepotente, humillante y condenatorio.

Metodología: colaborar subsidiariamente para que el interlocutor encuentre la verdad libre y conscientemente, nunca eximiéndose de su propio pensar afectivo y racional. Ahí radica la auténtica inculturación y el dinamismo evangelizador.

Vamos a esbozar en breves trazos la figura de Mateo Ricci, a quien Arnold Toynbee define como: “el supremo virtuoso del arte misionero cristiano”.

La gran muralla China era todo un símbolo: Identidad nacional y prepotencia cultural. Delimitación territorial y autosuficiencia económico-social y militar. Defensa aislante de toda influencia exógena.

Mateo Ricci se preparó en 1583 humana y psicológicamente para la hazaña de escalar la Gran Muralla. Conocía los idiomas y la cultura como los mejores sabios chinos. Inteligentemente discreto, sin precipitación, fue experimentando vías. Incluso cambió su nombre occidental por “Li-Maten”.

Los muchos meses de iniciación bajo el atuendo de monje budista –la expresión admitida de hombre religioso– si no le cosechó fulgurantes éxitos externos, le pulió el conocimiento de la psicología y cultura china. Modificó su estrategia: la conquista del prestigio de sabio sin descuidar su testimonio de venerabilidad religiosa. Escalar la sabiduría como plataforma de evangelización.

La prepotencia y orgullo nacional estaban somatizados en la idiosincrasia china. El vasto territorio geográfico les hacía considerarse cerebro, eje y ombligo del cosmos. El mismo Ricci escribe: “Con los chinos hay que guardarse de precipitaciones indiscretas; si no, puede ocurrir que la puerta que Dios nuestro Señor nos ha abierto en la China, vuelva a cerrarse de un golpe”.

Dejó el hábito de bonzo, se vistió de letrado y en su casa de Cantón construyó un verdadero estudio de sabio. Instrumentos de astronomía, física, matemáticas, cartografía, mecánica, música. La casa del honorable asceta maestro “Li-Maten” se convirtió en el hervidero de la intelectualidad.

Construyó un gigantesco Mapa Mundi en el que el imperio chino, aun ocupando el centro, quedaba relativizado ante la existencia de otros países y regiones del mundo. China formaba parte de un conglomerado de pueblos ubicados cada uno en el universo. Ricci comenta:

Todos se formaron una idea completamente distinta de la que tenían hasta ahora de nuestros países, pueblos, y ante todo de nuestros sabios. La exhibición del mapa ha sido la obra más útil que en estos tiempos ha podido emprenderse en la China.

Pero debía pasar de Cantón a Pekín: al palacio imperial mítico e invulnerable. La llave, la sabiduría.

Un episodio aparentemente simple le abrió la corte. Construyó un reloj mecánico para regalo del príncipe heredero. Lógicamente, por falta de cuerda, al tiempo se paró sin que ninguno de los oficiales de la corte supieran ponerlo en marcha. Llamaron a Ricci. Este fugaz y aparentemente casual encuentro con el monarca le ganó la confianza del emperador.

Se dice pronto que el jesuita Mateo Ricci llegó a ser el único hombre a quien se le permitió poder sentarse y departir con el amo y señor de China. Hasta le confió la educación del Príncipe heredero. Instalados en Pekín en la primera década de 1.600, los jesuitas fueron autorizados para construir un templo en la Capital Imperial, y otros en Shanghai, Nanking y Cantón.

No era tan fácil la divulgación del cristianismo en una sociedad tan culta y autosuficiente. Los misioneros amalgamaban sus conocimientos científicos y filosóficos con los de la teología cristiana. El opúsculo de Ricci “La verdadera doctrina sobre Dios” fue admitido entre los escritos clásicos de la China.

Celebraba la misa en chino y no en latín para acrecentar la inteligencia de la fe en los nuevos cristianos. También para que quienes curiosamente asistían a la liturgia, fueran captando en la expresión pública de la fe, el móvil de la vida de los jesuitas y la legitimación de sus objetivos misionales.

Esta retraducción litúrgica les acarreó en Occidente acerbas críticas y dolorosos disgustos. Pero siguieron adelante,

A. Toynbee enjuicia así este propósito de inculturación:

Los jesuitas estaban cuestionablemente haciendo lo mismo que los primeros Padres de la Iglesia... Mateo Ricci prestó a la cristiandad el servicio que Clemente y Orígenes le prestaron a la misma fe en Alejandría mil cuatrocientos años atrás. Clemente y Orígenes consiguieron para la cristiandad el respeto y la atención de los sabios griegos, porque primero se ganaron su reconocimiento como consumados filósofos helenistas.

Pero el espaldarazo y consagración de su éxito misionero, fruto de la inteligencia, de constancia disciplinada y de su radical fe en Jesús de Nazaret, lo recibieron Ricci y sus compañeros con la reelaboración del “Calendario Chino”.

El calendario cósmico

Mateo Ricci fue testigo de excepción de una era de dificultades climáticas con sus consecuencias sociales y económicas que hicieron tambalear la inmovible cultura ancestral de la China. .

La doctrina del “Tao”, recibida desde antiguo por Laotsé, era programa, código y espiritualidad. El ser humano y toda la colectividad nacional debían simbiotizar trabajo y existencia al sublime ritmo equilibrado del cosmos. Esa identificación cósmica garantizaba la asimilación con la perfección divina: la consecución de la felicidad suprema e inacabable.

El emperador era el gerente responsable. Se regía por el Calendario Cósmico, compleja combinación de elementos astronómicos, meteorológicos, filosóficos, ascéticos y literarios. Con su libro de instrucciones elaborado cada año por la mancomunidad de sabios, el Emperador escrutaba y definía el clima, la fertilidad, la suerte, la salud y la vida.

Ricci se percató que en esas latitudes de climas cíclicos, gran parte de las desgracias ocasionadas por el desfase metereológico se debían simplemente a error de cálculo. Era patente la falta de sincronización entre los pronósticos del calendario y las verdaderas condiciones atmosféricas. Los sabios chinos no acertaban. La credibilidad del Emperador se deterioraba.

Los jesuitas, con Mateo Ricci a la cabeza, reelaboraron un nuevo calendario con claras modificaciones según sus cálculos matemáticos y astronómicos. Tenían razón, y el clima meteorológico confirmó los pronósticos. Este fue el acontecimiento que abrió para el cristianismo la confianza del Imperio.

La salud debilitada de Ricci fue perdiendo fortaleza hasta su santa muerte meses después en 1610. Los funerales del “Santo Doctor Li” fueron realizadas con la solemnidad de la fastuosidad oriental y el cariño bien ganado de la población de Pekín.

Los misioneros jesuitas avanzaron, ahora sí, con rapidez. A Ricci le sucedió el Padre Adam Schall. Se les confió el Observatorio Astronómico de la Capital Imperial... En pocos años decenas de miles abrazaron el catolicismo.

La Cruz Se Reviste De Mezquina Incomprension

Esta impresionante obra misional de abrir cauces a la evangelización en los territorios más poblados del universo, no sólo no fue aupada por Occidente y la capital de la cristiandad, sino frenada y reprimida incomprensiblemente.

No fue la carda de la dinastía imperial de los Minz, porque los sucesores, los Reyes Manchúes, también fueron conquistados afectivamente gracias a la habilidad diplomática que los jesuitas pusieron al servicio de China en sus diferendos económicos y comerciales con los Zares Rusos.

El historiador alemán H. Jedin sintetiza así la labor de Ricci con un juicio en el que cabría encerrar también el fenómeno parejo de Nobili:

La generosa adaptación de Ricci suscitó escándalo y llevó más adelante a la llamada disputa sobre los ritos y la acomodación. No cabe duda que Ricci fue un hombre de espíritu apostólico y hábil misionero que rompió con los prejuicios contra la religión cristiana y ganó para el cristianismo a sabios notables... Muchas cosas se le atribuyeron posteriormente que no deben cargársele a él, como haber ocultado y aun falseado la doctrina cristiana en puntos esenciales. De haber sido así, sus cristianos no habrían soportado tan valientemente las persecuciones...

No fueron precisamente los pueblos orientales quienes rechazaron el cristianismo. Ni siquiera sus oligarquías intelectuales y políticas. Como en la historia de Jesús de Nazaret no fue el pueblo quien se opuso al evangelio aunque en las últimas horas, manipulado por los falsos líderes religiosos, la masa popular se sumó a la condena.

Es doloroso reconocerlo, pero la represión vino de Occidente con la complicidad de ciertos estamentos cristianos de mente obsoleta.

Las potencias europeas veían en los jesuitas misioneros los creadores de la conciencia crítica de los pueblos orientales ante las pretensiones imperialistas de Occidente... Occidente, exportador de los siete pecados capitales, esquilmador de las materias primas del tercer mundo. Instaurador de la dependencia económica y tecnológica, plataforma de esclavitud.

Sus aliados ingenuos fueron los seguidores de un fanatismo religioso fosilizado en fórmulas y cánones, momias secas sin el espíritu creativo y renovador del resucitado Jesús. La autoridad indiscutible de A. Toynbee cierra con su juicio severo y desapasionado este apéndice relativo a la obra de irradiación de los seguidores de Ignacio de Loyola al servicio del Evangelio.

En China (y el Oriente) los proyectos del catolicismo fueron obstruidos por la acción de un poder foráneo, aunque en este caso el poder que intervino con tan desastrosos resultados, fue de carácter eclesiástico. La acción fatal fue la negativa... de permitir a los misioneros jesuitas en China que prosiguieran su labor de traducir el Credo Católico al lenguaje de la filosofía y al ritual del Lejano Oriente. Este veto le infirió un golpe mortal a la propagación de la fe católica en China.

Algunas de las concesiones de los jesuitas a los credos orientales no podían menos de espantar a las mentes latinas, las cuales no habían sido compelidas por el reto y las exigencias de la vida y el trabajo misionero a enfrentarse al problema decisivo de distinguir las esencias sacrosantas de la Cristiandad de sus accidentes locales y temporales...

La ignorancia y falta de imaginación... resultaron desastrosas para las perspectivas del catolicismo en Asia, porque ellas tuvieron el efecto de herir profundamente las susceptibilidades chinas, que los jesuitas procuraron siempre no ofender.

Desafortunadamente a finales del XVII y en el XVIII sucedió uno de los eventos claves de la historia... Ese evento decisivo fue la concomitación del fracaso de los misioneros jesuitas en el Asia con el éxito simultáneo de la Royal Society – el símbolo del imperialismo inglés –. La civilización occidental se extendió

como un incendio voraz, pero no propagó en su totalidad, sino que se limitó a exportar su corteza tecnológica desprovista de todas sus esencias espirituales... pero el hombre no puede vivir solo de técnica.

Esta larga cita expresa con sobria claridad lo que para el reconocido filósofo de la Historia A. Toynbee merece aquel acontecimiento. No sólo la pérdida del esfuerzo de los misioneros jesuitas en Asia, sino las concomitancias consecuentes: la invasión del imperialismo británico y sus trágicas secuelas de explotación. Con el ropaje de la tecnología y el desarrollo industrial descarnado del más elemental humanismo, impidieron el crecimiento y maduración de las culturas milenarias asiáticas. El siglo XIX es testimonio despiadadamente elocuente de este tipo de colonialismos: expoliadores de materias primas, destripadores de identidad nacional, genocidas del alma de Oriente.

La presentación de la acción de la Compañía de Jesús en Asia a través de las figuras de Francisco de Javier, Roberto de Nóbili y Mateo Ricci no ha tenido propósitos de erudición folklórica orientalista, ni mucho menos el desempolvar, revolviendo el baúl de los recuerdos, viejas glorias de museo.

Queremos destacar lo significativo de estos hechos en culturas lejanas. Nacen de las mismas motivaciones y gemelas intuiciones que originaron la acción de los jesuitas en el mundo entero y en América Latina en particular. Y percibimos que esas claves siguen aportando validez de acción para nuestro tiempo por la identidad y coherencia de las fuerzas movilizadoras.

Hoy la Compañía de Jesús tiene el mismo reto, nace de la misma experiencia del Evangelio que en nuestro Continente va gestando y recreando la siempre novedosa cara del cristianismo original.

Respecto a la necesidad de la inculturación como cauce de evangelización liberadora los jesuitas se programan este reto;

Buscamos hoy asumir la identidad de grupos y naciones, y, sus aspiraciones tanto a un desarrollo socioeconómico como a una

inteligencia del misterio cristiano, que estén de acuerdo con su historia y sus tradiciones propias. La “encarnación” del Evangelio exige que Cristo sea anunciado y recibido de maneras diferentes según la diversidad de los países o de los ambientes humanos... Por otra parte la Iglesia sabe hoy que el problema de la inculturación... se presenta también en relación a los valores nuevos y universales que resultan de una comunicación más profunda y continua entre las naciones. La Compañía de Jesús debe aportar su servicio a la Iglesia en esta tarea de inculturación del evangelio en estos valores nuevos... (Congregación General 32^a, Decreto 4^o N^{os} 53, 54, 56).

Los jesuitas, como colectivo social, con el General P. Pedro Arrupe a la cabeza, y sus cuadros directivos y ejecutivos, hoy también se sienten estrechamente unidos al proyecto de Dios en el mundo y ligados a conseguir su “Mayor Gloria”. Pero el camino es conflictivo y lleno de poderosos conspiradores. Por eso la Cruz es el más constante acompañante. Unas veces será en forma de hostiles incomprensiones, otras de claros saboteos, otras de cruentas persecuciones.

Que la cruz de Jesús acompañe a los Jesuitas no es halago pietista. Ni siquiera el más legítimo de los orgullos. La persecución, las expulsiones de la Compañía de Jesús, son signos de que está en el camino del Evangelio... la identificación con Jesús de Nazaret cargando la cruz que le imponen los poderes del mal, es la garantía de que se está en su línea: la construcción del Reino de Dios en el mundo.

La pretensión definitiva no es el dolor ni el fracaso, es la Vida. Como en Jesús, aunque la cruz sea consecuencia inevitable de sus valores y opciones, la cruz no es lo último. La pretensión última y definitiva es que desde la cruz y los crucificados se construye el Reino de Dios: la justicia y la fraternidad sobre las cenizas de la contradicción y de cualquier esclavitud. La liberación como triunfo sobre el mal.

Aportes Ideológicos, Estretégicos Y Espirituales De Los Jesuitas

Intentamos recorrer algunos de los elementos pilares donde asienta el hecho de que los jesuitas hayan mantenido la vigencia activa

durante sus cuatro siglos de historia. La razón de ocupar con otros grupos los puestos punteros, frecuentemente la vanguardia, de los movimientos históricos al servicio de la Iglesia Católica. Las líneas fuertes y las estrategias de San Ignacio de Loyola y sus seguidores.

En breves pinceladas, asumiendo el riesgo que toda simplificación entraña, exponemos los elementos focales primero. Después la instrumentación metodológica.

1°. La atención al HOMBRE

No como una esencia invulnerable, sino como una existencia dinámica en permanente evolución, eje y sujeto de su propio desarrollo siempre a la grupa de su libertad pero circunscrito y marcado por las circunstancias donde vive. El hombre abierto a la trascendencia y la plenitud.

2°. La societariedad humana gestora de la historia

La Humanidad entre convulsiones y conflictos cabalga hacia una utopía. Está dinamizada hacia una socialización donde el bienestar de todos se basará en la simbiosis de libertad y justicia, es decir, de igualdad fraterna. La Humanidad camina hacia el proyecto de Dios.

3°. La mayor gloria de Dios

Dios está comprometido en la historia humana; inmerso en ella. La gloria de Dios es que el Hombre viva. Su mayor gloria es el Mayor bien de la familia humana. Que los hombres sean dueños de su propio destino. Todos.

Atencion al hombre: Opcion por la libertad

Desde el siglo XVI, en la fecunda convulsión humanista y en la cruenta batalla doctrinal de la Reforma protestante, los Jesuitas, con Ignacio al frente, se deciden por la defensa y garantía de la Libertad.

En el Concilio de Trento ganaron la batalla del “Libre albedrío o Libre arbitrio” frente a a los luteranos por un lado y a los católicos conservadores por otro. Ignacio de Loyola y sus seguidores en la Compañía de Jesús hacen un gran esfuerzo para compaginar la legítima autonomía del hombre y la omnipotencia del Amor de Dios.

Estas concepciones teológicas no son sólo elucubraciones. Tienen gran incidencia en el estudio del pensamiento humano y en el enfoque de la sociedad.

Dios, en Jesucristo, toma al hombre no como un títere, ni menos como un esclavo, sino lo adopta como hijo-libre. Esta es la tesis del Evangelio explanada sabiamente por San Pablo.

Ignacio de Loyola insiste a sus dos compañeros, teólogos pontificios en el Concilio de Trento, donde se clarificará la teología católica frente a Lutero:

No debemos hablar tan largo, instando tanto en la Gracia que se engendre veneno para quitar la libertad. De manera que de la Fe y la Gracia se puede hablar, mas no de tal suerte y de tales modos, mayormente en nuestros tiempos tan peligrosos, que las obras del libre arbitrio (la libertad del hombre) reciban detrimento alguno o por nada se tengan.

Años después el teólogo jesuita Luis de Molina elabora la sistematización de esta tesis en defensa de la libertad del hombre y publica el tratado: “Concordancia entre el Libre Arbitrio con los dones de la Gracia, la Omnipresencia de Dios y la divina Predestinación”. Es la justificación científica y doctrinal del campo de las decisiones libres del hombre. Queda garantizada la libertad humana sin menoscabo de la omnipresencia de Dios. Esta tesis combatida por los protestantes y saboteada por los católicos de corta visión acabó sin embargo triunfando en la Iglesia Católica. Fue el triunfo de la dignidad del hombre como ser libre. El hombre imagen de Dios y a su semejanza, señor de la creación.

La soberanía del pueblo frente al poder absoluto del rey

El otro aporte importante de los jesuitas a nuestra cultura es la legitimación del poder popular, la raíz democrática como sentido del poder político. Desde el siglo XVI estudian, predicán y defienden que la base del poder reside en el pueblo. Los regímenes políticos en esos siglos son exclusivamente monárquicos. Quedan todavía decenas de lustros para que soplen las brisas de las repúblicas democráticas representativas.

Sin embargo, ya en 1599 el pensador jesuita Juan de Mariana escribe su famoso tratado sobre “La Institución Real” y la dedica al heredero del trono español. Sobre el concepto de la soberanía democrática escribe entre otras:

Cuando la potestad real es legítima tiene su origen en el pueblo... Ciertamente, la república, de la que nace el poder regio, puede, cuando así lo exijan las cosas, emplazar al Rey y, si desprecia la salud y los consejos del pueblo, puede hasta despojarlo de la Corona, porque cuando transmitió sus derechos al Príncipe, el pueblo no se despojó del poder supremo.

Este pensador jesuita ha pasado a la historia como el defensor del tiranicidio que tantos contratiempos y problemas originó a la Compañía de Jesús por parte de los monarcas y de los regímenes tiránicos. Mariana defiende que “cuando el gobernante ocupa el poder con la fuerza y con las armas, sin derecho alguno y sin el consentimiento de los ciudadanos, es lícito quitarle la vida...”

El filósofo jesuita del siglo XVII Francisco Suárez es el diseñador de la teoría del Estado Democrático. En su obra “Defensa de la Fe” escribe en 1613:

Por derecho natural la comunidad civil perfecta es libre y no está sometida a ningún hombre fuera de ella misma, sino que ella misma tiene en sí todo el poder; su régimen, si no lo cambia, es democrático, pero puede, si ella lo quiere, privarse de su potestad y transferirla a una persona o a un senado...

El filósofo y teólogo jesuita Francisco Suárez concluye su tesis de que el Estado se constituye por un pacto muchos años antes que J.J. Rousseau escribiera su Contrato Social. Descalifica la doctrina tradicional del Derecho Divino de los Reyes demostrando que:

Ningún Rey o monarca tuvo o tiene inmediatamente de Dios o por institución divina el poder, sino mediante la voluntad y la institución de los hombres.

Ambas intuiciones –la Libertad del hombre y la Soberanía popular– no son invento caprichoso de los jesuitas. Simplemente estuvieron atentos a los “signos de los tiempos” para descubrir en la historia humana la voluntad divina y el proyecto de Jesús de Nazaret.

Estas concepciones son hoy en día de uso normal a pesar de tantos regímenes de fuerza. En los momentos en que se proclamaron, en tiempo de las monarquías absolutistas, fueron prácticamente escandalosas. Varios monarcas europeos hicieron quemar estos libros.

No es de extrañar por eso la cantidad de expulsiones colectivas que los jesuitas han sufrido en tantas naciones antes de que las Naciones Unidas proclamaran la Carta de los Derechos Humanos en 1948. Hoy son patrimonio de la humanidad. Humanidad que cabalga entre conflictos hacia una mayor participación de todos en el disfrute del bienestar y del progreso a pesar del freno y conspiraciones que las oligarquías políticas y económicas quieren imponer a la sociedad gestora de su historia.

Pero la batalla por la verdad y el bien común espolea a los jesuitas y a otros muchos sin que les detengan las acusaciones y persecuciones. Las conquistas de la humanidad en cada etapa están sembradas de cruces como el Calvario. Mudos pero elocuentes testimonios de los mártires del Bien.

La mayor gloria de Dios

Ya san Ireneo en el siglo II, oriundo de Esmirna en Asia Menor, radicado en Lyon como Obispo, dedujo del Evangelio como quintaesencia del proyecto de Dios sobre la humanidad “...que la Gloria

de Dios es que el Hombre viva...”. Y que viva conforme a su dignidad y plenitud. Cristo dijo: “Yo he venido para que (los hombres) tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

Frente a la concepción religiosa natural de Un Dios Infinito y Lejano, el Dios bíblico es el Dios cercano a su pueblo que se compromete con él para liberarlo. El Dios de Jesús apuesta por el hombre, se pone a su nivel. Jesús de Nazaret escandaliza. Es condenado a muerte de Cruz por blasfemo, por cambiar el concepto de Dios. El evangelista san Mateo recoge estas palabras programáticas, respuesta a una pregunta capciosa de un jurista o maestro de la Ley judía: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este es el Mandamiento principal y el primero. Pero el segundo es semejante (tan importante) a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen la Ley entera y los Profetas” (Mt 22,37-40).

En Ignacio de Loyola lo medular de su espiritualidad es la adhesión al Evangelio, la identificación con Jesús. El seguimiento a Cristo exige ver al hombre y al mundo con el prisma de los valores de Jesús y decidirse por las opciones de él. Las Constituciones de la Compañía afirman: “Nuestra vocación es para discurrir (recorrer) y hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espera más servicio de Dios y ayuda de las almas”.

Los Jesuitas fieles a sus raíces renuevan su propósito hoy día diciendo:

En la Compañía la vocación al apostolado es... continuar la obra salvadora de Cristo en el mundo, que consiste en reconciliar a los hombres con Dios y entre sí mismos, de modo que con el don del amor y la gracia divina puedan construir una paz basada en la justicia el jesuita de hoy es un hombre cuya misión consiste en entregarse totalmente al servicio de la fe y a la promoción de la justicia, en comunión de vida, trabajo y sacrificio con los compañeros que se han congregado bajo la misma bandera de la Cruz, en la fidelidad al Vicario de Cristo, para construir un mundo al mismo tiempo más humano y más divino (Congregación General 32ª, Decreto 2, N°s 21 y 31).

Campos privilegiados en la estrategia de los jesuitas

La instrumentación con que la Compañía de Jesús intenta llevar a buen término sus objetivos es tan amplia como el campo de su acción aplicando los recursos de las ciencias y la reflexión teológica; siempre atenta a discernir la optimización de sus posibilidades y aplicarla “según las personas, tiempos y lugares”, como decía Ignacio de Loyola. Es la tesis de la inculturación: “La Congregación General XXXII ha tenido presente la máxima importancia de la obra de la inculturación de la fe y vida cristiana en nuestros días, en todos los continentes... Recordando además la profunda y benemérita tradición misional desde los comienzos de la Compañía de Jesús. Recomienda encarecidamente a todos los miembros de la Compañía que promuevan esta obra según la mente y doctrina auténtica de la Iglesia, como ayuda y servicio a las iglesias locales, y aún más, a la Iglesia universal y al mismo Vicario de Cristo en la tierra para restaurar en Cristo a todos los pueblos y todas las naciones” (Congregación General 32ª. Decreto 5, N°. 11).

Todos los trabajos en la pluralidad de miembros, y cada uno de los jesuitas en su vocación específica o multidisciplinar deben tener una misma meta final: la implantación del Reino de Dios en el mundo, como lo inició Jesús de Nazaret.

En la Compañía, la vocación al apostolado es una, aunque participa en múltiples formas. Somos muchos miembros, pero un solo cuerpo, y cada miembro contribuye con cuanto tiene a la común tarea de continuar la obra salvadora de Cristo en el mundo... (Congregación General 32ª. Decreto 2, N°. 21).

Las áreas son múltiples: desde la ciencia, pasando por los medios de comunicación social, hasta el trabajo manual y el compromiso con los marginados. Destacamos algunas de ellas.

La Formación Humana

Una formación humana de calidad, profunda y disciplinada; muy larga. Se combinan las ciencias sagradas con las civiles. La capacitación

de cada miembro para el servicio o misión que según sus aptitudes deberá desempeñar. Las Bibliotecas suelen ser una de las áreas de mayor inversión de recursos. Tampoco se escatima en el fomento de especializaciones y postgrados.

Ya desde sus orígenes hace cuatro siglos existía la convicción que hizo famosa el líder argelino Ben Bella a mediados del siglo XX: “Hay que armarse con las mismas armas del enemigo. Las ciencias consolidarán la Libertad conquistada por los fusiles”.

El líder norteafricano coincide con el pensamiento bolivariano. Loyola y sus cuadros no ceden a la tentación de la urgencia pragmática de los eternos improvisadores. Formación de calidad, prolongada, sin prisa. El pueblo será el mayor beneficiario.

La educación

Arturo Uslar Pietri, reconocido maestro humanista de la actualidad patria, no se cansó de clamar como profeta de la venezolanidad: “La guerra del poder se gana en las batallas del conocimiento”... Se lamentaba de la invasión tecnológica y cultural exógena y del abandono y desidia de nuestros valores autóctonos.

Ignacio de Loyola en los frentes de batalla de su tiempo – la Reforma Protestante y la Evangelización de los Nuevos Mundos – opta, como estrategia prioritaria por la Educación.

Colegios y Universidades empiezan a florecer como plataforma de creación de hombres nuevos. Los jesuitas son reconocidos en los cinco continentes como educadores prominentes. Crean una metodología que ha pasado a la historia de la pedagogía: La “Ratio Studiorum” condensa el sistema educativo jesuítico. Es una combinación de ideario y de reglamento educativo.

La asimilación del humanismo en la degustación de los valores humanos universales, la vibración estética de las artes y las letras, el conocimiento sistemático del pensamiento... junto a una pedagogía para el análisis crítico, una metodología para la formación de una mente

lógica, una disciplina de pensamiento y de trabajo, una instrumentación para la investigación... Estos son los rasgos, entre otros, que dieron fama a este sistema en los centros educativos de los jesuitas.

Búsqueda de líderes

Con una fe enorme en el efecto multiplicador, los mayores esfuerzos son dedicados a la búsqueda y formación de los agentes que puedan influir en los demás.

Si en tiempos del Renacimiento eran los humanistas y los que detentaban el poder monárquico, la aristocracia cultural y política, hoy son otros. Por eso la acción de los jesuitas en la prensa o en las organizaciones populares campesinas y urbanas suele tener la pretensión de formar transmitiendo sus valores a los que tienen capacidad natural para estar al frente de algo.

Renuncia a cargos eclesiásticos

Los Jesuitas hacen un juramento o voto especial de no aceptar cargos eclesiásticos. Y precisamente por un sentido de irrestricto servicio a la Iglesia renuncian a admitir esos cargos jerárquicos.

Solo el propio Papa, el Vicario de Cristo, les puede exigir por orden muy especial la consagración episcopal habiéndoles eximido previamente de la obligación del voto. Desde ese momento el jesuita queda también exonerado de sus obligaciones jesuíticas.

La razón es la siguiente. En lo medular de esta orden religiosa Ignacio de Loyola fijó la movilidad y la radical disponibilidad para tomar cualquier trabajo que se le imponga el mayor servicio al pueblo de Dios en cualquier parte. Además los cargos eclesiásticos suelen conllevar una serie de prebendas reñidas con la vida comunitaria de los jesuitas.

Sin embargo, como el Papa es el máximo Superior de la Compañía, suele nombrar obispos jesuitas en zonas misionales donde

no hay otra clase de clero. Excepcionalmente también nombra obispos jesuitas por otras razones.

La experiencia de los ejercicios espirituales

El mayor regalo que un jesuita puede hacer es comunicar su experiencia espiritual según el método de los “Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola”. Es el método clave de la experiencia de Dios, raíz de la vocación.

La fidelidad a los Ejercicios Espirituales potencia nuestra acción apostólica y acrecienta nuestra libertad interior para responder con prontitud a las exigencias que el servicio de la fe nos plantea. ...Así es como los Ejercicios Espirituales, donde ante todo vivimos la experiencia de Cristo y le respondemos a El que nos llama a la Compañía, son la fuente y el Centro de nuestra vocación... (Congregación General 32ª. Decreto 11, N°. 11).

Los Ejercicios Espirituales dijimos que eran la escuela espiritual de Ignacio y sus seguidores. La metodología para la adhesión radical al Evangelio. La vigencia experimentada de la vitalidad del Espíritu de Jesús de Nazaret y su proyecto.

Un rasgo característico de la pedagogía de los Ejercicios es tratar de quitar los obstáculos entre Dios y el hombre... El método ignaciano invita a respetar a cada uno, con su cultura, sus cualidades propias... Como pedagogía de búsqueda y de discernimiento enseña a descubrir la voluntad de Dios y sus caminos allí donde Él interpela a cada uno, en el corazón mismo de la vida, en el pueblo que es el suyo. (Congregación General 32ª. Decreto 4, N°. 57).

Este método ignaciano de espiritualidad ha tenido importancia capital en la Iglesia. Los jesuitas lo han puesto a disposición del pueblo de Dios.

Aunque la experiencia completa original dura un mes intensivo, san Ignacio mismo contempla la posibilidad de que se comuniquen en una semana, o en la vida diaria. También hay retiros espirituales, basados

en los Ejercicios, incluso en tres días. De cualquier forma, simplificados o no, los Ejercicios Espirituales...

...ayudan a formar cristianos alimentados por una experiencia personal de Dios y capaces de distanciarse de los falsos absolutos de las ideologías y sistemas, pero capaces también de tomar parte en las reformas estructurales, sociales y culturales necesarias (Congregación General 32ª. Decreto 4, N°. 58).

La comunidad, utopía realizada

Desde los inicios del Cristianismo los seguidores de Jesús intentaron la experiencia comunitaria como expresión de que se podía vivir el ideal de Cristo como estilo de vida para los suyos. Las crónicas de las primitivas hermandades cristianas en el siglo I dan esta imagen: “Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común: vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos según la necesidad de cada uno... y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía...” (Hechos de los Apóstoles 2,44-45 y 4.32).

Las órdenes religiosas de la Iglesia Católica son la expresión de que esta utopía es válida y factible. Los jesuitas en concreto dan una importancia especial a este sentido comunitario de desasimiento de la propiedad individual en bien del grupo.

Por la diversidad de trabajos y por la calificación personal de muchos de los miembros las retribuciones salariales individuales marcarían diferencias de clases verdaderamente inhumanas, como en nuestra desquiciada sociedad. Sin embargo todo se pone en común celosamente. Así muchos de los jesuitas pueden dedicar su tiempo completo a labores no remuneradas. Miembros muy calificados optan por servicios entre los pobres, entre las mayorías marginadas... sin prisa podrán otros dedicarse al estudio e investigación... Todos podrán seguir el consejo evangélico: “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia...” (Mt 6, 33).

Esta concepción lleva a la inexistencia de escalafones y méritos curriculares adquiridos. Cualquier jesuita puede bajar del puesto más

encumbrado, al terminar el ejercicio de su función, y queda como uno de tantos, sin percibir trato, retribución o distinciones especiales.

Hoy también, la cruz consecuencia del seguimiento a Jesús

Hemos presentado los orígenes de la Compañía de Jesús, sus raíces y las líneas fuertes movilizadoras de su ideología y de sus estrategias. La experiencia espiritual de San Ignacio de Loyola y sus primeros “compañeros, amigos en el Señor” les fue identificando con los valores del Evangelio y les dinamizó para construir el proyecto de Dios en la historia humana. De los Ejercicios Espirituales van decantando sus vivencias que se polarizan en “el seguimiento a Jesús pobre y humillado”, pero que con su estilo de vida y la consecuencia de su muerte, resulta vencedor del mal. Resucitado es el generador de vida y esperanza.

El grupo de “compañeros de Jesús” va configurando un estilo de organización altamente cualificada, disciplinada, flexible. Su meta es como la de Jesús de Nazaret: “buscar y hallar la voluntad de Dios, en la diversidad de personas, tiempos y lugares. Por eso los jesuitas se sienten impelidos, con el Espíritu del Resucitado, a penetrar la historia humana para la edificación del Reino de Dios, “su Mayor Gloria”. Su compromiso es con el hombre.

Utilizan los mecanismos de una fuerte espiritualidad cristocéntrica sobre una metódica disciplina de trabajo; además, la autoevaluación y el interpretar la realidad para discernir los signos de los tiempos.

Como el Nazareno, caen en frecuentes conflictos: desde la inicial controversia a la persecución más drástica. El proceso de Jesús se repite.

En América Latina cobran vigor efervescente sus opciones, cuadrándose con los grandes lineamientos de la Iglesia Católica: las directrices renovadoras del Concilio Vaticano II y sus concreciones continentales, los concilios latinoamericanos de Medellín (1968) y Puebla (1979).

Es verdad que no todos los miembros de la Compañía de Jesús son unánimes en las mismas percepciones, ni tan ágiles para arrumbar las estructuras operativas ya caducas, incluso ni tan obedientes en aceptar las nuevas y riesgosas directrices últimas. Más aún, existe contestación. Ya aludíamos a este fenómeno de los atrincherados en la nostalgia del orden pasado, polémicos combativos contra toda innovación. También de los francotiradores de la radical impaciencia.

La “liberación” de las grandes mayorías en nuestro continente no es sólo bandera de oportunismo ideológico sino el campo teológico de la evangelización, de la acción de Dios en nuestro pueblo. Los jesuitas lo asumen como “el servicio a la Fe y la promoción de la Justicia”.

No es fácil la tarea frente al sistema con sus intereses de dominación, para perpetuar la esclavitud. Como en los tiempos de Jesús siempre recurren a la condena, a la represión e incluso a la eliminación física en casos no tan raros. Desde las misiones antiguas y modernas. Desde el bloque oriental a los países occidentales del antiguo y nuevo mundo, la cárcel, la tortura y aun la muerte no son noticia inesperada para los jesuitas actuales.

Ya aludimos a que se podría escribir la Historia de la Compañía de Jesús siguiendo como tema central las expulsiones y persecuciones. La prensa suele noticiar algunos de los casos.

Si en la primera mitad de este siglo México, España, Alemania, China, la URSS, fueron campos de persecución violenta, en los últimos años de esta década contemporánea Brasil, Rodesia, Guatemala, El Salvador, Bolivia han sido teñidos con la sangre martirial de jesuitas por los mismos motivos y parejas circunstancias que el santo arzobispo salvadoreño Monseñor Oscar Arnulfo Romero...

Ser voz de los que no tienen voz. Por creer en la utopía del Reino de Dios que Cristo inició. Un mundo justo y fraterno. Donde la opresión deje paso a la igualdad y la libertad. Donde el egoísmo explotador ceda paso a la solidaridad.

Ya el Concilio Latinoamericano de Medellín proclama con todos los cristianos del continente, que el clamor doloroso de nuestro pueblo

sube a los oídos de Dios exigiendo justicia y liberación. Diez años más tarde las comunidades de creyentes latinoamericanas por boca de los Obispos ratifican en Puebla el clamor del Pueblo de Dios. Como eje de la evangelización del Continente –no en vano Evangelio significa “buena noticia”– la opción preferencial por los pobres y por los jóvenes.

La Compañía de Jesús, en 1974, reunida en Congregación General –la 32a. de su historia– traduce estos sentimientos eclesiales y afronta el clamor de la humanidad desde Jesús. Apuesta por el evangelio.

La misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta... El empeño por la promoción de la justicia y por la solidaridad con los sin voz y los sin poder, exigido por nuestra fe en Jesucristo y por nuestra misión de anunciar el evangelio... (Congregación General 32ª. Decreto 4, N^{os}. 2 y 42).

